

Psíquicamente enfermo o muy cerca de Dios

Mortificación y ascética no son anticuados

Al tratar de la eucaristía se ha hablado bastante del sacrificio de culto. La característica de este concepto, junto con la vinculación que se pretende tener con el otro mundo, es su carácter de pérdida y renuncia. Siempre cuesta separarse de algo que se quisiera guardar para sí, aun cuando se espera recibir algo mejor en su lugar, como ocurre siempre en el caso del sacrificio de culto.

Pero poco a poco el significado cultural de la palabra sacrificio ha ido quedando relegada y ha sido reemplazada por dos palabras no culturales, una puramente pasiva, como cuando se habla del número de víctimas de los accidentes de tránsito o en las catástrofes, donde sólo queda la imagen de la pérdida; y otra más activa, que guarda por lo menos dos elementos del sacrificio cultural: la renuncia y la esperanza de ganar algo. La mortificación esta estrechamente emparentada con el sacrificio en este segundo sentido que ya no es cultural. A la mortificación y el sacrificio no cultural se los puede llamar hermanos mellizos. Sólo que la hermana «mortificación» es religiosa por naturaleza, y el hermano «sacrificio no cultural» las más de las veces es profano.

En la piedad tradicional, la mortificación significa, igual que el sacrificio profano, que se renuncia a algo agradable, porque se espera ser recompensado con algo que es todavía más valioso. Pero este segundo valor no está, como lo está en el sacrificio profano, en el orden de lo terrenal, sino en el del más allá. La mortificación debe conseguir que Dios se vuelva favorable, para obtener algo de él. Esta esperanza reposa en el presupuesto extraño que nuestra auto-tortura (pues la mortificación duele) debe ser especialmente agradable a Dios, y que Él nos ve cuando sufrimos con mejores ojos que cuando gozamos.

Mirado desde el punto de vista puramente cristiano, esta idea es un error craso. Nuestro Dios es un Dios de la salvación, también de la del cuerpo, como lo hizo visible la actividad sanadora de Jesús. La voluntad de Dios en última instancia es un mundo sin tristeza, sin queja, sin pena, como se puede leer en el libro del Apocalipsis (21, 4). Si esto es así, hemos de responder a la mortificación con una clara negativa, en la medida en que parte de aquel presupuesto ya insostenible, y por lo mismo, también a aquella práctica de la auto-tortura que floreció tan abundantemente en otro tiempo, a la que se le daba sin razón el nombre de expiación. La Edad Media y el tiempo posterior nos proporcionan asombrosos ejemplos de ella. Algunas de esas prácticas siguen perteneciendo a la espiritualidad del Opus Dei, pero su valor puede ser con razón cuestionado críticamente ahora que estamos en el tercer milenio.

Pero, ¿se puede romper sin más con una tradición que tiene tantas cartas credenciales en su favor? Durante siglos se practicó la mortificación con mucho celo no solamente por parte de los santos, sino también por el pueblo cristiano normal, y los maestros espirituales la recomendaban como imprescindible, mientras que el goce ha sido tenido como sospechoso, y hasta como condenable, al menos desde Agustín. ¿Puede el ser humano de hoy barrer simplemente con una práctica que tiene más de mil años? ¿No tiene esta práctica un gran contenido de sabiduría y experiencia? Una experiencia y sabiduría que viene del pasado, no se la puede tirar a la basura impunemente. Los vanguardistas de la mortificación, ¿no eran todos casos patológicos? Esto nos exige a investigar bajo qué condiciones la mortificación, tan alabada antaño, puede seguir siendo hoy razonable y bienhechora.

Dos condiciones para hablar razonablemente de mortificación

La primera es que la mortificación puede justificarse ante el juicio de la teonomía sólo si puede mostrarse que la renuncia incluida en ella sirve para algo que tenga valor en esta tierra. Un ejemplo clásico, ¿vale esto para la abstención del cigarrillo durante la cuaresma? Sí, si se busca cuidar la salud propia y la de quienes viven con uno, o si por esta vía se quiere recuperar un poco de la libertad perdida frente al cigarrillo, o si con el ahorro –pues el fumar tiene su costo- se quiere hacer algo para paliar la miseria en el tercer mundo. Salud, libertad y solidaridad con el tercer mundo son bienes más valiosos que el goce de fumar. Pero cuando la renuncia y la mortificación no corresponden a ninguna ganancia de este mundo, se practica una forma de auto-atormento que no tiene sentido alguno. La persona moderna, cristiana o no, no puede entender ya una práctica como ésa. Tiene

sentido para ella seguir una dieta bajo receta médica, aunque ésta le prohíba una gran cantidad de cosas apetitosas; o ayunar como forma de solidaridad concreta, para sentir corporalmente con los que pasan hambre en todo el mundo; o sacrificar una parte de su reposo nocturno necesario para velar junto a un enfermo, o para garantizar la seguridad de otras personas. Así obra consecuentemente según una escala de valores humana. Pero dejar de fumar sin que haya de por medio alguna utilidad terrena, o sólo para aplacar el ánimo de Dios mediante este auto-sacrificio con el fin de hacer a Dios más generoso –aunque quienes nos rodean tengan que aguantar nuestra mayor irritabilidad-, es para los creyentes de hoy no menos inconcebible que lo era desde hace ya tiempo para los no creyentes.

Esta crítica dirigida a los intentos de agradar a Dios mediante torturas auto-inferidas, no anula el que la relación con Dios pertenece esencialmente al concepto de mortificación. A una práctica ascética sin relación a la transcendencia no se la puede llamar mortificación. Por ello debe cumplirse también esta segunda condición si la mortificación no quiere desvanecerse completamente en su hermano mellizo, el sacrificio profano. Por lo menos debe estar viva en el transfondo de la conciencia que esa renuncia humanamente responsable tiene relación con Dios y quiere ser un paso dado hacia Él. Pero, ¿cómo compaginar una ganancia terrena con el amor de Dios?

No sufrimiento auto-inferido, sino sabiduría

La respuesta a esta pregunta se encuentra en la palabra conocida, pero difícil de traducir, de Ireneo, Padre de la Iglesia del siglo III: *Gloria Dei vivens homo*, la gloria de Dios es que el ser humano viva, y traducida libremente: a Dios le honra el que lleguemos a ser humanos. Se puede agregar: y eso es también lo que Dios quiere. Quien se entrega a Dios y se apropia su anhelo no puede hacer otra cosa sino tratar de hacerse más humano, lo que incluye también llegar a ser prójimo. Todo lo que nos sacrifica para llegar a hacernos humanos y prójimos toma la figura -por lo menos implícita- de un encuentro con Dios. Nuestra humanización nos exige una y otras vez que elijamos lo más valioso a costa de lo menos valioso, por muy tentador que esto sea y por muy fuertemente que nos atraiga. Por ejemplo, quien ha visto que la interioridad es una necesidad profundamente humana y que el orar es tan necesario como el respirar, no sólo debe tomarse tiempo para ello a costa de otras ocupaciones interesantes, sino resistir también al atractivo de la televisión que alimenta los ojos, los oídos y la fantasía con bienes de consumo superficiales. Esto significa abstención, y por ello sacrificio. La presencia deseada al menos de manera latente de un encuentro con Dios nos permite utilizar para

ello la palabra mortificación. Lo permite, pero no lo exige. Y como el concepto de mortificación ha estado vinculado durante siglos a un insensato sufrimiento auto-inferido, la palabra se ha vuelto tabú y lo va a ser todavía por mucho tiempo.

El budismo parece cultivar una filosofía de la vida más sabia a este respecto que la de la Iglesia medieval. Enseña a no buscar el goce, pero tampoco el sufrimiento. Lo único que se debe buscar es lo que nos conduce al objetivo que nos hemos propuesto. Lo único que se debe rechazar es lo que impide alcanzar ese objetivo. Si el amor al prójimo –y nuestra tarea consiste en hacer crecer este amor– nos exige empeño, carga, dolor, es bueno aceptar todo esto. Es lo que hizo Maximiliano Kolbe cuando se ofreció a la muerte en lugar del padre de cinco niños. No practicó allí ninguna mortificación, no eligió el sufrimiento y la muerte, sino que, a pesar del sufrimiento y de la muerte que esa opción significaba para él, eligió algo bueno que contrapesaba con justeza, a sus ojos y a los nuestros, ese sufrimiento y esa muerte, como era la salvación de un prójimo desesperado. Quien ayuna en solidaridad con las incontables víctimas del hambre en el mundo no va a decir que se está mortificando. Encontraría ridículo decirlo, pues el concepto de mortificación ha quedado en la modernidad así de desprestigiado por la práctica medieval.

La primera condición que debe cumplir, pues, la mortificación para que la sensibilidad moderna la acepte es que tenga sentido para esta tierra. Más arriba hemos mencionado el sacrificio de horas de sueño para velar junto a un enfermo. ¿Puede un cristiano moderno encontrar que también es sensato sacrificar horas de sueño para orar de noche? Por supuesto, pero sólo si esa privación de sueño sirve para la oración y no se desfigura al volverse una batalla arduamente peleada para que no se cierren los ojos. De lo contrario se cae en el plano peligrosamente inclinado de la mortificación tradicional. Pues quien pretende agradar a Dios cuando se martiriza a sí mismo, tiene que pensar que el gozo de Dios es aún mayor si el martirio es más terrible. El final de todo ello es, normalmente, el hospital o la clínica psiquiátrica.

¿Cómo justificar entonces que, en aquellas órdenes monacales donde todavía hay oración coral nocturna, los monjes deban saltar de la cama caliente por la noche para salmodiar una hora, medio dormidos –y hambrientos durante la cuaresma-, en la iglesia del monasterio, helada en invierno? Ojalá que no esté actuando aquí todavía aquella idea de que, con este esfuerzo no pequeño, el monje está haciendo una obra grata a Dios y meritoria, por la cual será recompensado principescamente en la otra vida, así como por el ayuno practicado

estrictamente (antes), o por la azotaina que (antiguamente) se daba celosamente a sí mismo.

Resumiendo, mejor que la palabra mortificación desaparezca del vocabulario cristiano. Está demasiado estrechamente asociada a una imagen de Dios premoderna y hasta precristiana, imagen que los sostenedores de la mortificación las más de las veces rechazan. En lugar de la idea y de la práctica de la mortificación, debería venir algo de lo que se llama buen juicio, sabiduría, coherencia, una actitud que a menudo va a pedir más mortificación que lo que llamábamos mortificaciones y obras expiatorias en el pasado. Éstas no eran ni son escuelas de liberación interna que puedan caracterizar una verdadera humanidad. Más bien pueden despertar una resistencia interna inconsciente que a uno lo vuelve proclive frente a la atracción de lo contrario. Esto explica tal vez el fenómeno extraño de que religiosos que durante su formación practicaron muy celosamente estas prácticas de martirio auto-inferido, más adelante no pocas veces muestran una falta de libertad insensata e inconsecuente frente a los muchos atractivos de la sociedad de consumo.

Ascética

El concepto de mortificación amenaza con arrastrar en su caída al de ascética. Pero habría que distinguirlos el uno del otro. Es cierto que en el concepto de ascética resuena a menudo un tonillo de dureza y rigor. El asceta sería alguien que no se da ningún gusto, y si hay que elegir entre lo agradable y lo pesado, va a elegir lo pesado. Allí se muestra la vinculación histórica entre ascética y mortificación. Pero un poco de etimología esclarece las relaciones reales. La palabra griega askêsis, de la cual viene ascética, significa simplemente ejercicio. En el ámbito espiritual apunta hacia el entrenamiento y la práctica de la libertad interior y de la sabiduría. Esta práctica allana el camino a la valiosa experiencia que el budismo llama iluminación y el cristiano llama con el nombre algo peligroso de santidad. Estamos aún lejos de alcanzar el estado armónico en que podríamos incorporar sin dificultad nuestros impulsos e instintos para producir el cambio liberador de nuestro ser. Ese es el momento de la ascética. Es el esfuerzo necesario para mantener bajo control nuestros impulsos, que empujan en todas las direcciones, con el fin de que éstos no aparten el corazón del camino hacia Dios. Aquí aparecen nuevamente conceptos ya conocidos, como el del sacrificio en el sentido no cultural, para que la decisión vaya en el sentido de lo más valioso y a costa de lo que quieren los impulsos; y la mortificación, que indica que esta batalla se libra por una realidad más profunda que la que persigue el atleta al abstenerse de cigarrillos y alcohol y al entrenarse hasta el límite del

dolor. Porque éste tiene como único objetivo mejorar su condición física, para obtener la victoria. Esto puede llamarse también ascética. Pero la ascética cristiana es otra cosa.

En su carta I a los Corintos Pablo formula, como de paso, la actitud cristiana frente al goce: «¿Tiene que reprochárseme por comer algo que me hace dar gracias?» Con esto dice indirectamente que todo es bueno si se lo goza en la acción de gracias. Pero la acción de gracias supone que uno no agarra ávidamente, no retiene rígidamente y no sigue pidiendo más. Acción de gracias es una actitud de receptividad, vinculada con una intuición doble: primero, que no se puede reclamar ningún derecho frente a lo que se recibe, de tal manera que uno no se enoja si aquello no llega o si se le es quitado. Y segundo, que todo lo que recibimos, nos es regalado por amor, y que este amor es infinitamente más importante que el regalo.

Entonces, ¿fue tan grande el error de los penitentes medievales?

La crítica a la práctica medieval del sufrimiento auto-inferido, disfrazada bajo el nombre de penitencia y mortificación, plantea una difícil pregunta. ¿La rica tradición ascética y mística de la Edad Media no tenía entonces ningún fundamento? ¿El camino que siguieron aquellos santos era un puro error, y su mística del sufrimiento era una enfermedad psíquica de mil años de duración que debía cerrar el camino a cualquier adultez espiritual? ¿Cómo se puede explicar entonces la profunda humanidad de muchos de esos penitentes? Para mencionar sólo un ejemplo entre ciento, recordemos la figura maravillosa y humana del Poverello de Asís. ¿Pudo ser él un lamentable caso patológico por maltratar a su hermano asno, como él llamaba a su cuerpo, con azotes, ayunos de hambre, fríos, insomnios, al paso que se airaba si alguien maltrataba a un asno de cuatro patas? ¿Se lo debiera haber encerrado en un asilo de locos? ¿Cómo salir de este callejón, como personas modernas que queremos ser al mismo tiempo de veras personas cristianas?

La respuesta es que estos penitentes no debían su grandeza humana al sufrimiento que se auto-inferían, sino a la coherencia con que buscaban a Dios y se hacían cargo del prójimo. Pero, en su encuadre mental heterónomo, en el que la culpa exigía un castigo como su contrapeso y los sacrificios eran medios para agradar a Dios, parte de su coherencia era estar preparado espontáneamente para la expiación, entendida como auto-castigo. Querían expiar por sus propias faltas y por las del prójimo y mostrarle a Dios cuánto lo amaban. Ese amor, y la alegría que les causaba, les posibilitaban realizar cosas en apariencia imposibles, y aguantar los castigos que

se inferían sin arruinarse psíquicamente. Es cierto que a menudo se arruinaron también en lo psíquico. Francisco de Asís no tenía todavía cuarenta años cuando murió completamente agotado. Lo quemó la llama de su fidelidad a lo que le parecía ser extremadamente agradable a Dios. Pero al mismo tiempo había enriquecido inmensamente su existencia.

A ello se agrega que había una diferencia completa no sólo entre su sistema mental y el nuestro, sino entre la realidad de su vida diaria y la nuestra. Principalmente debido al factor de que el dolor era parte normal del diario vivir. Las operaciones se realizaban sin anestesia, había que soportar estoicamente el dolor de muelas, faltaban medios para mitigar el dolor, igual que las innumerables comodidades del confort moderno: electricidad, calefacción central, refrigerador, aspiradora, lavadora, automóvil... La vida era dura, muchas veces un tormento. Vivimos en una cultura en la que se trata por todos los medios de prevenir el dolor o de mitigarlo. El dolor ha llegado a ser el mayor de todos los males. Pero antes era algo diario. No algo que debiera alterar a la gente. Todo el mundo pensaba como normal que se torturara; ello constituía la rutina diaria del juicio. Los derechos humanos eran una palabra desconocida. Las ejecuciones bajo torturas crueles, el quemar vivos en la hoguera a las supuestas brujas y a los herejes, el descuartizamiento de criminales... todo ello era circo y entretenimiento popular. Triunfaba el sadismo, aunque todavía no se lo conocía con este nombre ni se era de veras consciente de su horror. Lo mismo se diga del componente de masoquismo oculto que jugaba su papel en la tortura auto-inferida.

En un clima como aquel se juzgaba las cosas de manera distinta a como lo hacemos hoy. De manera distinta, no más correcta. Al contrario. Pero cuando uno se ha quedado pegado en una cierta manera de pensar, suele encontrar en ella un lugarcito aparentemente lógico para lo que está en burda contradicción con el resto de sus convicciones. Durante mil años no se oyó ninguna protesta contra las torturas en un Occidente que, sin embargo, estaba acuñado por el cristianismo. Ni siquiera la hizo oír la gente piadosa. Encajonar a la realidad en el encuadre de la propia teoría es un mal humano sumamente difundido, y lo sigue siendo hoy. Lo era aún más en el tiempo premoderno. Porque entonces todo se sometía a la teología escolástica, en la que los argumentos de una autoridad antigua y tradicional pesaban más que la realidad cognoscible y su lógica. Galileo tuvo que experimentarlo en su propia carne.